

La primavera chungu de Max Nordau

Psicólogo, médico, novelista, crítico de arte, filósofo y uno de los fundadores del movimiento sionista mundial, Max Nordau (Budapest, 1849 - París, 1923) fue una referencia intelectual para muchos escritores españoles e hispanoamericanos como Baroja o el colombiano José Asunción Silva. En la primavera de 1914 visitó Sevilla.

POR FERNANDO IWASAKI

La Primera Guerra Mundial expulsó de París y Berlín a numerosos intelectuales que buscaron refugio entre Londres y Lisboa, pero el húngaro Max Nordau se instaló en Madrid, donde conoció a Rafael Cansinos-Assens, traductor de sus obras. A Cansinos le fascinaban la condición sefardí de Nordau, su linaje rabínico y su liderazgo mundial dentro del movimiento sionista, pero por más que le buscó bolos, editores y mecenas, jamás pudo conseguir que el pacato ambiente cultural de Madrid aquilatara la valía de Mornau. Así en *La novela de un literato* un apesadumbrado Cansinos narra los fiascos de sus gestiones con editores y de las propias conferencias de Nordau, impartidas en francés ante intelectuales que presumían de políglotas y que como no entendieron ni papa, le echaron la culpa al acento húngaro del conferenciante.

En realidad, Nordau ya había visitado España en 1875, pero gracias a su exilio español recorrió Andalucía y el País Vasco, de donde reunió el material de sus *Impresiones españolas* (Artes y Letras, Barcelona, 1915). ¿Lo exhortaría Cansinos para que visitara Sevilla? A la vista de sus apuntes, la gente de la ciudad y el boato de las fiestas sevillanas no lo impresionaron especialmente. Con respecto a la calle Sierpes anotó: «Sevilla no tiene paseo alguno, donde se solace la gente distinguida, sino un callejón que hace las veces de Corso; ésta es la famosa «Calle de las Sierpes», llamada por lo general simplemente Sierpes, que va desde la plaza de la Constitución a la del Duque; aquí están los cafés, los mejores hoteles, las tiendas más lujosas, el club, el correo».

Como buen húngaro, no se le escapó la presencia gitana en Sevilla y estableció las simetrías musicales entre los gitanos húngaros y andaluces, pero hizo muy reflexión muy

interesante acerca del *status* de los gitanos sevillanos, beneficiados de las expulsiones de moros y judíos: «Exigían los señores del Santo Tribunal que todo transeúnte se quitara el sombrero al pasar por delante de una iglesia, pues los gitanos se arrodillaban; ordenaban aquéllos que delante de las procesiones se arrodillara la gente en el polvo, pues los gitanos se echaban tan largos como eran y tocaban el suelo con la frente. ¿Qué les costaba a ellos ir a la iglesia, donde se goza de tanto fresco y un ambiente tan perfumado? ¿Y el saludar con respetuoso temor al párroco que de vez en cuando les regalaba algún dinerillo o un trago de vino? ¿Y el tomar parte en todas las procesiones entre cuyas aperturas podrían tal vez sin ser vistos hacer cambiar de dueño algún bolsillo?». Nordau lo ignoraba, pero había intuido la «hojana».

Como Nordau llegó durante las fiestas mayores de la ciudad, fue invitado por el cardenal Almaraz a presenciar la proverbial «Comida de los Pobres», chocándole lo lujoso del menú, la ausencia de mujeres pobres y más bien la presencia de damas de la sociedad sevillana dándole de comer a esos pobres previamente bañados, vestidos y afeitados: «Es en verdad conmovedor que un príncipe de la Iglesia vista y alimente a los pobres y parta fraternalmente el pan con ellos. ¿Pero es preciso que la comida sea tan opípara? ¿No fuera más previsor y caritativo preparar tan sólo una comida sencilla como las acostumbradas, algo así como el plato nacional de vigilia en España, arroz con bacalao y pimiento y ponerle en un cesto los demás manjares, como he visto hacer en la Hofburg de Viena en el lavatorio de pies y comida a los pobres del Jueves Santo? Sería más



Cubierta de la edición andaluza de Nordau (Almuzara, 2006)

conveniente para aquella gentes proveerles para varios días y dejar que sus familias participaran también de aquellos sabrosos regalos. La falta de mujeres pobres me hizo especialmente una impresión dolorosa. ¿Por qué se convidaba únicamente a hombres viejos? ¿No hay acaso mujeres de edad que tengan hambre? La satisfacción de los pobres sería de seguro completa, si las compañeras de su vida pudieran disfrutar de igual obsequio allí o por lo menos en sus casas, y al mismo tiempo sería más ventajoso para ellos». Como se puede apreciar, Nordau razonaba con justicia y propiedad.

Por otro lado, a causa de la Guerra Mundial, la primavera de 1914 fue particularmente mala para el turismo de la Semana Santa, hasta el punto que los escasos extranjeros que visitaron la ciudad tuvieron que defenderse de los timos salvajes y de la guasa de la prensa local que fusionó a todos los turistas de aquel año bajo el título de «la persona de Londres» que se había dignado a visitar Sevilla. Sin

embargo, lo peor fue la conducta de los hoteleros, quienes «intentaron con alguna timidez hacer pagar a los escasos forasteros presentes por los muchos que faltaban; pero «la persona de Londres» tuvo el mal corazón de defenderse y el déficit quedó sin cubrir, con hartazgo sentimiento de los sevillanos. Quien se proponga en el año próximo, que es de esperar sea año de paz, hacer un viaje a Sevilla por Semana Santa, procure que no le falte el dinero, pues la memoria rencorosa de los que practican la industria de los extranjeros, tratará de anotar en su cuenta las pérdidas del año precedente».

Finalmente, el concepto que Nordau extrajo de la Semana Santa podríamos resumirlo en la perplejidad que un sevillano que le acababa de decir a Nordau que el Domingo de Pascua era la gran fiesta del año, cuando el filósofo húngaro le respondió que si él fuera cristiano también consideraría que el Día de la Resurrección de Cristo era el misterio esencial de la religión cristiana: «¿Religión

Cristiana? ¿Misterio? ¿Resurrección? ¿Quién habla de esas cosas? ¿Quién piensa en ellas? ¿Qué tiene que ver este día con la religión en el espíritu del pueblo? Celebramos el Día de Pascua como la mayor fiesta del año, porque en este día vuelven a comenzar las corridas de toros». Por eso Max Nordau remachó decepcionado su impresión de la Semana Santa: «No se observa la más ligera muestra de respeto. Evidentemente nadie piensa en el significado de las procesiones, de las imágenes, de los penitentes ni de las marchas fúnebres. Se disfruta de un espectáculo espléndido y variado de la misma manera que se presencia el paso de un cortejo de Carnaval. Tal vez en años anteriores se observaba mayor compostura, a causa de los muchos extranjeros que dan ejemplo de recogimiento, de respeto y de emoción. Pero esta vez no se ponía cuidado alguno. No valía la pena hacerlo por aquella persona de Londres».

¿Y la Feria de Abril? A Nordau le interesó lo que Feria pudo haber sido, pero no lo que la Feria era en 1914, y así su apunte resultó premonitorio: «La joven generación sevillana muestra cierta inclinación a desposeer a la feria de su carácter africano morisco y a europeizarla. Las damas jóvenes de las familias distinguidas prescinden de la mantilla, la peineta y el mantón de Manila y danzan con traje de corte parisién y con sombreros adornados de plumas. Junto a las sevillanas se presentan el vals, el *Onestep* y hasta el trivial tango. El piano, unido a veces a los violines, destierra a la guitarra. El *champagne* substituye a la manzanilla. De la misma manera, la caseta olvida el estilo morisco y adopta las formas vulgares de un kiosco de parque, de una glorieta de verano o de un *chalet* suizo. Sería lástima que esta tendencia dominara».

Uno se pregunta si la primavera de 1914 fue de verdad chungu, o si Nordau se limitó a ser tan lúcido y clarividente como siempre.

Max NORDAU: *Impresiones españolas* [traducción del alemán por Federico María de Gispert], Artes y Letras (Barcelona, 1915).

Impresiones españolas [traducción de la edición de 1915], Editorial Almuzara (Córdoba, 2006).